

El alimento, flujo energético vital entre la tierra y la humanidad. Reflexiones sobre una comensalidad crítica desde una trama agroecológica

Food, vital energy flow between the earth and humanity. Reflections on a critical commensality from an agroecological plot

Leonardo Rossi

Centro de Investigaciones y Transferencia de Catamarca
Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas
Colectivo de Ecología Política del Sur, Argentina
leo.j.rossi.ep@gmail.com

Recibido: 10/01/2021

Aceptado: 31/03/2021

Formato de citación:

Rossi, L. (2021). "El alimento, flujo energético vital entre la tierra y la humanidad. Reflexiones sobre una comensalidad crítica desde una trama agroecológica". *Aposta. Revista de Ciencias Sociales*, 90, 111-126, <http://apostadigital.com/revistav3/hemeroteca/leorossi.pdf>

Resumen

El objetivo de este artículo es plantear algunos sentidos emergentes en torno a una comensalidad crítica. Partimos de entender que el alimento es un bien eminentemente eco-biopolítico: un flujo energético vital que circula dentro de la trama común de la vida, humana y no humana, cuyo sentido y modo de producción tiene profundas implicaciones a nivel político de la sociedad, así como a nivel de los procesos ecológicos en general que sostienen a la comunidad de la vida en la Tierra. Trazaremos, en primer lugar, una propuesta teórica para comprender las implicancias ontológico-políticas de los diversos modos de producir y consumir el alimento en la historia humana. Con esa base, buscaremos seguidamente señalar y analizar algunos de los rasgos clave del escenario agroalimentario global contemporáneo, del contexto argentino, y de la ciudad de Córdoba en particular para, a partir de allí, poder enmarcar esas prácticas y sensibilidades agroalimentarias que abren alternativas ante el modelo hegemónico.

Palabras clave

Comensalidad crítica, metabolismo social, comunalidad agro-alimentaria.

Abstract

Food is to a high degree an eco-biopolitical good—a vital energetic flow circulating within the common human and non-human web of life whose meaning and mode of production has deep implications for society's political level, as well as for the general ecological processes that sustain the community of life on Earth. With that in mind, this work puts forward some emerging senses around the notion of critical commensality. First, by outlining a theoretical proposal it will be possible to understand the ontological-political implications of the different modes of production and consumption of food in human history. On that basis, key features of the current global agrifood context will be pointed out, including the Argentine context and particularly that of Cordoba City, to be able to highlight those agrifood practices and sensitivities that offer alternatives to the hegemonic model.

Keywords

Critical commensality, social metabolism, agrifood communality.

1. Introducción

“Para los indios muchas de las enfermedades que los afligen son enfermedades provocadas por la venganza de los animales comidos. Cuando se come el cuerpo de un animal sin los cuidados necesarios para no ofender su espíritu, éste puede vengarse y devorarnos (...). Es necesario, por lo tanto, ser siempre muy cauteloso cuando se trata de comer. Se trata de un acto metafísico muy delicado.”

E. Viveiros de Castro, 2013

En trabajos previos hemos sostenido que “como expresión contemporánea de la especie, somos la condensación histórica-material de lo que hemos comido, pero, sobre todo, de cómo hemos producido lo que comimos” (Machado Aráoz y Rossi, 2020: 51). Los procesos co-evolutivos entre comunidades humanas y territorios encuentran en los sistemas de producción y consumo de alimentos la manifestación clave de la noción marxiana de *metabolismo social* (Marx, 2014; Bellamy Foster, 2004). Es decir, el modo humano de producir materialmente la vida, el intercambio energético con la tierra, mediado por el trabajo, y de forma específica en la tarea de procurarse el alimento. Es en esa misma relación de producción (alimentaria) para garantizar la supervivencia biológica donde asimismo se expresan distintos tipos de concepción y estructuración de los vínculos humanos (formas de lo político), así como correlativos modos diferenciales de (re)producción y afectación recíproca con la naturaleza extra-humana. Los diversos diseños ontológicos, las formas de organización política y las respectivas subjetivaciones que las sustentan, se manifiestan (y se recrean) en los modos de producir/consumir el alimento, en tanto relaciones metabólicas entre la naturaleza específicamente humana y la naturaleza genérica en su conjunto (como totalidad de los procesos de vida terráqueos).

Las múltiples formas de vida, desde las micorrizas que habitan bajo tierra hasta los microorganismos que componen nuestra biota intestinal, desde las semillas hasta los polinizadores, han sido afectadas y nos afectan de modo diverso según las particularidades de las prácticas agro-alimentarias geográfica e históricamente producidas. En ese proceso de co-producción, co-implicación y de ayuda mutua emergieron diversas cualidades antropométricas, digestivas y gustativas (Aguirre, 2019; Fischler, 1990), al tiempo que brotaron también correlativas afectividades, percepciones y sentires entre humanos y para con el mundo no-humano, con sus correspondientes

regulaciones y estímulos (Escobar, 2017; Giraldo, 2018; Toro y Giraldo, 2020). En base a perspectivas de antropología política y geografía humana, se plantea que en la mayor parte del tiempo que la humanidad lleva en la tierra, estos procesos de producción y reproducción de la vida estuvieron guiados por la búsqueda de la sostenibilidad reproductiva del sujeto en un sentido de cooperación social de tipo comunitario (Kropotkin, 2005; Reclus, 1906; Polanyi, 2007; Clastres, 2012), y por el cuidado del propio territorio habitado, garante de esa vida transgeneracional y multi-especie de la que se hace parte (Leff, 2013; Shiva, 2017; Escobar, 2017).

Estas comunidades se han basado en prácticas de baja entropía, “muy próximas al estado estacionario” (Daly, 1980, citado en Carpintero, 2006: 190).¹ La propia dinámica endógena sugiere el estricto cuidado de las fuentes más inmediatas en base a las cuales los cuerpos humanos activan su vida: la tierra y el agua de forma prioritaria. Esas implicaciones de los modos productivos se han forjado en una dialéctica con formas específicas de comensalidad. Recordemos que allí se define la regulación en común del modo de comer, cultivando sentidos en torno a esa comida compartida en base a aspectos ecológicos, demográficos y culturales (Aguirre, 2019). En el propio acto de comer también debe recrearse una práctica que tribute a esa forma sostenible de reproducir la vida comunitaria. Las particulares manifestaciones de organización política y afectiva, que orbitan bajo ontologías de tipo relacionales (Escobar, 2017; Leff, 2013; Toro y Giraldo, 2020), es decir en un *continuum* entre comunidad humana y naturaleza, deben tejerse asimismo al momento de distribuir y compartir el alimento.

Sin omitir la existencia de estructuras de apropiación/dominación/jerarquías, prácticas predatorias, y disputas violentas por fuentes de abastecimiento en sociedades pre-capitalistas, observamos que la producción agro-alimentaria se ha basado de forma general en un sentido de producción y goce de (y para) la comunidad a escala local. Esta forma genérica adquirió diversos grados de complejización y especificidades. Quisiéramos destacar que, en este recorrido de formas de organización política, emerge lo específicamente comunal como principio político. Es decir, el trabajo en común para el goce común, bajo procesos de reciprocidad y ayuda mutua, pero atravesados de forma característica por mecanismos de producción común de la decisión política en torno a aspectos claves para la reproducción de la vida (Gutiérrez *et al.*, 2017), donde la producción y consumo alimentario se tornan una actividad rectora del sujeto social comunitario. Lejos de cualquier esencialismo, cabe decir que, en tanto especie con capacidad de redefinir sus propias formas societales, de modificar sus capacidades afectivas, sus percepciones de lo deseable y lo necesario, la humanidad no lleva la práctica política comunal en sus genes. Este principio político es más bien una emergencia contingente, una necesidad, y, entendemos, desde una mirada contemporánea, un desafío de la especie para su supervivencia, en un marco de vida digna en común.

A la vista del relato de comunidades indígenas y campesinas, registros etno-botánicos y antropológicos en torno a la alimentación quedan las escrituras en los territorios, en los cuerpos y en las narrativas acerca de las diversas formas de producir y consumir el alimento. En un extremo hallamos a formas societales que, decíamos, han co-habitado de modo simpoiético con sus tierras, cursos de agua, y seres no-humanos. Comunidades

¹ Se hace uso del término entropía siguiendo la línea planteada por el economista rumano Nicholas Georgescu-Roegen (1906-1994) a partir de la década del setenta, entrecruzando economía con física, y estimulando una rica corriente de economía ecológica. En base a la termodinámica, si la energía no se crea ni destruye, sino que siempre se transforma (primer principio/conservación) y en ese proceso se degrada (segundo principio/entropía), serán diversas las formas/velocidades/escalas que adquiera ese proceso en base a los modos políticos y prácticas económicas de las diversas sociedades, con implicancias determinantes para los procesos de vida en general.

con un alto grado de acoplamiento al territorio, han sabido cultivar un agudo sentido de la empatía con una multiplicidad de seres a partir de formas ontológicas relacionales. Bajo ese percibir, sentir y comprender el cosmos han diseñado ontológicamente sus cuerpos, sus territorios y sus deseos (Escobar, 2017), regulando la extracción y reposición de los flujos energéticos disponibles en (y para) el funcionamiento de la red de la vida.

En otros términos, han basado su consumo energético principalmente en la captación y uso en extremo eficiente de la fuente de baja entropía más abundante, la radiación solar a través de la fotosíntesis (Georgescu Roegen, 1977, citado en Carpintero, 2006), reconvertida en animales y plantas o bien salvajes o bien domesticadas con prácticas de tipo artesanal. En estas culturas, el cultivo de la empatía ha sido “condición de posibilidad para experimentar el propio cuerpo viviente como un cuerpo interrelacionado con los demás cuerpos” (Toro y Giraldo, 2020: 58) humanos y no humanos.

Estas ontologías relacionales se han manifestado de forma clave en el propio acto de comer. Qué se come, cómo se lo come, cómo se reparte lo que se come y entre quiénes se comparte el acto de comer implica entonces una comensalidad no sólo sintonizada en la organicidad entre comunidad y territorio, sino que se torna un ámbito central de producción de reglas y sentidos para la sostenibilidad de la vida toda. En estas formas societales de tipo comunitaria, las prácticas alimentarias directamente conectadas al plano biológico, sanitario, ecológico y político deben contar con un alto nivel de agenciamiento en cada sujeto, en tanto el desequilibrio en ese ámbito pone en riesgo a la propia comunidad, es decir el sostén mismo de la reproducción de la vida individual y colectiva (Tapia, 2009). En este sentido, la comunidad no solo se pone en acto en el proceso de obtención de alimentos sino de forma clave en su compartición. El propio acto de comer es una manifestación política nodal de la comunidad y expresión de la búsqueda de equilibrios energéticos en el intercambio con la tierra.

Asimismo, desde hace unos quince mil años, ha existido un gran abanico de formas agro-culturales, con sus respectivos manejos –más armónicos o más predatorios– sobre los ecosistemas, pero aún reguladas bajo un principio elemental: *la producción de alimentos en tanto energía vital para reproducir los cuerpos que habitaban el propio territorio agroproductivo*. El flujo energético entre tierra, cuerpos individuales, y comunidad, y sus respectivas alteraciones o estabilidades, seguía teniendo una organicidad territorialmente endógena. Incluso en los casos de comandos políticos centralizados en territorios más extendidos, salvo situaciones excepcionales como catástrofes naturales, la alimentación seguía sostenida casi en su totalidad por lo que la tierra habitada y el trabajo de la comunidad local proveían y regulada por las necesidades biológico-culturales de esa población. En este sentido, las diversas comensalidades de las agroculturas han tenido de forma predominante una función de regulación y cuidado de los flujos energéticos en un sentido comunitario, lo que llevaba implícito el resguardo del espacio productivo/reproductivo de vida. Como analizaremos, estos procesos serán drásticamente alterados bajo el dominio del capitalismo.

2. La agricultura bajo el capitalismo: la humanidad des-terrada

“He aquí, queridos amigos, el destino que os está reservado a vosotros los que amáis la tierra regada con vuestro sudor; a la que os sentís atraídos por una fuerza cuyo secreto os lo explica el desenvolvimiento del embrión vegetal al romper la tierra misteriosamente con sus blanquecinos tallos. Os arrebatarán el campo y la cosecha, os cogerán a vosotros mismos y os uncirán a cualquier máquina, humeante y estridente.”

E. Reclus, 1903

Como han señalado diversos trabajos, los orígenes del capitalismo y sus matrices ontológicas deben rastrearse en terreno rural –colonial y desde ya, intra-europeo– antes que en la industriosa ciudad británica (Wolf, 2005; Bartra, 2014; Wood, 2016; Moore, 2020). El concepto de fractura socio-metabólica de la que diera cuenta Marx justamente vino a señalar a la agricultura capitalista como el gran trastorno geo-histórico (Machado Aráoz, 2016; 2017) que desarmó estas tramas vinculares entre humanos y tierra. El rol que desempeñó la producción agroalimentaria en la estructuración de la dinámica del capital ha sido, desde esta perspectiva, central.

Los trastornos observados por Marx se expresaban ya en los procesos que habían dejado los cercamientos en el norte de Europa, con la creciente privatización y mercantilización de la tierra y del trabajo humano, y del alimento mismo como un rasgo central. Esta transformación tuvo como claves, la intensificación de la escisión urbano-rural, expresa en el aumento constante del trasvase de energías (humanas a través del trabajo campesino y no humanas de los procesos bio-físicos en la tierra) en forma de alimento de un territorio a otro, anulando los procesos regenerativos de la materia orgánica; la puesta a producir de los suelos para crear valor abstracto y no para el autoabastecimiento (histórico regulador de las tasas de extracción, reposición y regeneración de energías de la tierra) con graves consecuencias edafológicas; la pérdida de autonomía alimentaria de vastas franjas de la población ahora sometidas al límite de la subsistencia y a las dietas que imponen quienes detentan el control oligárquico de la tierra y de las cadenas de suministros de alimentos.

Con sus especificidades espacio-temporales –régimen de plantación: monocultivo y esclavitud, por citar la más emblemática para el caso afro-latino-americano– la ruptura socio-metabólica se moldeó fundamentalmente en las conexiones de los territorios colonizados y sus circuitos intercontinentales (Moore, 2020). Estas transformaciones, se forjaron al calor de una ontología de la crueldad, de un sujeto profundamente indolente, que habita un espíritu conquistador, guerrero y utilitarista (Santos, 2010; Machado Aráoz, 2017; Segato, 2017) y que vio en la empresa agrícola colonial una de sus principales escuelas (de)formativas.

La agricultura capitalista tuvo desde sus orígenes un comando político exógeno a la vida cotidiana de las comunidades que habitaban la tierra de cosecha y que, necesariamente, por distintas vías apuntalaba a la des-comunalización de la vida (Kropotkin, 2005; Polanyi, 2007; Davis, 2006). Este quiebre con las formas políticas agro-culturales tendientes a regular el acople entre población, territorio y formas de producción en busca de equilibrios energético-ecológicos fue llevado al extremo. Proliferaron así, por un lado, enormes superficies cultivadas, o bien rodeadas de sociedades malnutridas o directamente vaciadas de población, y, por otro, pequeñas trazas de mundo hacinadas de humanos sin autonomía agro-productiva. Las tendencias a prácticas de alta entropía se hicieron tácitas en la acelerada des-acumulación de diversos stocks energéticos de la tierra –bosques y humus, primeramente, para en etapas sucesivas incorporar el petróleo y otros minerales a los sistemas agrícolas– acumulados en largos procesos evolutivos. Estas prácticas agrícolas intensamente devastadoras, tuvieron como locus principal a la siembra de mercancías (alimentarias, en un principio, e industriales-carburantes-financiero-especulativas si se completa la lista) que permitieran maximizar ganancias de forma ilimitada.

La fractura socio-metabólica fue modulando sus expresiones en los diversos espacios y tiempos, tanto en el plano ecológico, geográfico y sanitario como en el político y afectivo, en el registro intra-especie como para con toda la trama de la vida. Solo teniendo conciencia de la radicalidad de los vínculos ontológico-políticos que se dan en el acto de producir y consumir los alimentos es posible dimensionar la envergadura

histórica de los trastornos (antropológicos-políticos y ecológicos-geológicos) que supuso la irrupción de la agricultura capitalista en el devenir de lo humano (Machado Aráoz y Rossi, 2020: 54).

Con el correr de estos cinco siglos de agricultura capitalista, se fue agudizando y capilarizando a través de sociedades del más diverso tipo una profunda y radical ruptura ontológica respecto a las formas relacionales que sostienen la reproducción de la vida humana en tanto expresión de la trama extensa de la vida (Giraldo, 2018). La Tierra profanada vio así degradado su estatuto como entidad germinadora de vida. La humanidad, des-humanizada, socavada de su vínculo antropológico con el humus. Seres que se perciben des-terrados y así van cartografiando sus espacios, sus cuerpos y sus sensibilidades. La sedimentación en los deseos y en las prácticas materiales de violencia para con la tierra, hacia las ontologías relacionales, a los cuerpos subalternizados fue haciéndose carne en el corazón mismo del sistema agro-alimentario.

En su faz estrictamente productiva, las formas agrícolas del capital se inscriben en un *continuum* histórico, que bajo “las ecologías de lo ominoso van erosionando la capacidad empática, haciéndonos discapacitados de sentir empatía, no solo al sentir humano, sino también al sentir de los ecosistemas” (Toro y Giraldo, 2020: 128). En tanto que, sobre las comensalidades, estas dinámicas fueron alentando una amplificación sistemática de las distancias físico-geográficas, pero también cognitivo-afectivos, que median entre la agricultura y el acto de comer. Las dinámicas urbano-céntricas cooperaron sensiblemente a profundizar la enajenación de los comensales respecto la historia de ese alimento que está en sus manos, que es llevado a su boca y que, finalmente, circula dentro de su organismo. Esta comensalidad ciega a los procesos agro-productivos moldeó sujetos crecientemente insensibles ante la devastación de los territorios y cuerpos rurales y, bajo los límites y tensiones trazadas por el binomio Estado-Mercado, los fue tornando agentes activos de su propia pérdida de calidad alimentaria y sanitaria.

A la luz de este enfoque es que podemos repensar la erosión de la comunidad agroalimentaria abierta por el capitalismo, manifiesta en los tipos de prácticas agrícolas, pero indefectiblemente en los tipos de comensalidades que se fueron gestando bajo sus particulares dinámicas espacio-temporales. La comensalidad, que manifiesta la regulación de la comunidad entre agricultura, alimentación, salud y cuidado del territorio de vida, si bien fue cancelada mediante procesos violentos (conquista, cercamientos, desplazamientos forzados), fue sistemáticamente erosionada de su propio sentido de existencia bajo sistemas donde se moldearon prácticas bajo las cuales el camino y la historia del alimento para el comensal comienza en el punto de compra-venta, donde se encuentra solo.

Cada etapa del sistema agro-alimentario del capital ha tenido sus características tecnológicas, logísticas, ecológicas y mercantiles. Y desde ya han impactado de forma singular en cada territorio y población del planeta. Siguiendo los planteos de McMichael (2013) marcamos tres grandes movimientos históricos, el colonial-mercantil, el agro-industrialista con Estados Unidos como eje principal, de pleno desarrollo durante buena parte del siglo XX y el del agronegocios-supermercadismo bajo dominio de un puñado de corporaciones transnacionales. Este último proceso, que se enmarca en la etapa neoliberal, con la intensificación de los procesos de despojo territorial a gran escala y la creciente privatización y financiarización de procesos de vida (las patentes de semillas y los mercados granarios de futuro a nivel global son casos testigo de estos procesos) como mecanismos clave de acumulación de capital (Harvey, 2007; Gilly y Roux, 2009; Sassen, 2015) es el que nos interesa describir en el siguiente apartado en base a sus manifestaciones contemporáneas.

3. El perturbado flujo tierra/alimento/humanidad: modelo siglo XXI

“Nos jugamos el estómago, la conciencia y la dignidad del destino común de la humanidad en este tiempo que resta. El nuestro, hoy, es un combate de lo necesario contra lo que se nos presenta como imperativo.”

Marina Garcés, 2017

Para interpretar los diversos modos de comer hoy y, en especial, para luego poder sondear prácticas e imaginarios en torno a un comer crítico, proponemos conectar las fases consuntivas con las formas actuales de agro-producción. A los fines de este artículo, presentaremos un breve repaso que nos lleve del contexto internacional al cuadro general de Argentina, para finalmente centrarnos en la provincia de Córdoba.

El sistema agro-alimentario actual está caracterizado por un patrón oligárquico global de nuevo tipo: tres grupos trasnacionales, derivados de fusiones, Bayer-Monsanto, Chem China-Syngenta y Dow-Dupont, concentran más del 60 % del mercado, tanto en semillas comerciales como en agroquímicos (Moldenhauer y Hirtz, 2018); ADM, Bunge, Cargill y Dreyfus controlan el 70 % del comercio granario mundial (Herre, 2018); y en el rubro minorista de alimentos, se reporta que 50 empresas controlan el 50% de las ventas, con tendencia a una mayor cartelización (Bartz, 2018).

En términos ecológicos, este modelo se basa en enormes áreas sembradas con monocultivos (soja, caña o palma son ejemplos típicos de este tiempo), con intensa presión sobre los ecosistemas. En esta lógica, la agroindustria destruye por año cerca de 75 mil M/Tn de capa de suelo fértil, desmonta un promedio de 75 millones de hectáreas de bosques, y utiliza el 90% de combustibles fósiles del sector alimentario. Asimismo consume el 80% del agua dulce del total para el sistema agro-alimentario, ocupa más del 75% de la tierra agrícola, aunque de forma directa sólo abastece el 30% de la demanda de alimentos, que es sostenida en su mayoría por la agricultura familiar y campesina con una utilización mínima de recursos (ETC Group, 2017).

A estos impactos hay que añadir que se vierten cerca de 4.6 M Tn/año de plaguicidas en el mundo. Y los fertilizantes han visto sextuplicada su aplicación a nivel global desde 1961 (Rehmer y Wenz, 2018) y, según FAO (2018), alcanzan ya un total de 115 M Tn/año, con graves impactos en la vida del suelo y en los cursos de agua. Debido a estos combos tóxicos, se calcula que no menos de 2 millones de trabajadores rurales se envenenan cada año y que unos 40.000 fallecen producto de esas afecciones (Benning y Luig, 2018).

En lo referido al consumo de alimentos, el sistema tiende a una creciente uniformización de las dietas. Solo tres granos (arroz, trigo y maíz), representados cada vez en menos variedades originarias o criollas, concentran más de la mitad de la ingesta calórica humana a escala planetaria (Shiva, 2017). En tanto, el hambre estructural afecta a más de 800 millones de personas y a 2.000 millones si se contempla el total de personas subalimentadas (FAO, 2019). Mientras millones pasan hambre, una tercera parte de los alimentos producidos para consumo humano se pierden en la pos-cosecha o se desperdician entre el punto de venta y el consumo (FAO, 2012).

Al mismo tiempo se han disparado nuevas problemáticas de salud asociadas a la alimentación, como el sobrepeso, que afecta a 2.000 millones de personas, de las cuales un tercio padece obesidad (FAO, 2019). El número de adultos obesos aumentó de 105 millones en 1974 a 640 millones para 2014 (Chan, 2016, citado en IPES 2017), mientras que la población mundial total no llegó a duplicarse en ese lapso. Asociado a este punto, se destaca como rasgo específico de la fase actual, una presencia creciente de productos industrializados en las dietas, muchos compuestos por formulaciones sintéticas. Las

compras totales de productos ultra-procesados a nivel global aumentaron en volumen 43,7%, entre 2000 y 2013 (OPS, 2015).

En este contexto, Argentina se ha convertido en un ejemplo a gran escala de simplificación de la agricultura y erosión de las dietas. La soja transgénica, que fue aprobada en el país en 1996, se convirtió en el principal cultivo. Orientada casi en su totalidad a la exportación, esta oleaginosa es utilizada para fabricar aceites, alimentos balanceados para ganado, biocombustibles e insumos para mercancías alimentarias ultra-procesadas. El uso masivo de agrotóxicos, la avanzada sobre territorios campesinos y bosques, y la pérdida de unidades productivas diversificadas han sido consecuencias sistemáticas de este modelo. En el plano alimentario, el país se ha convertido en uno de los mayores consumidores per cápita de la región de productos alimenticios ultra-procesados –194,1 kg– y lidera el consumo de gaseosas –131 litros– (Elver, 2019). En simultáneo, las personas que no cuentan con ingresos para cubrir sus necesidades energéticas y proteicas mínimas alcanzan al 10,5% de la población (INDEC, 2020).

Dentro de este marco, la provincia de Córdoba está en la avanzada del modelo de monocultivos transgénicos, con más de un tercio (más de 6M de has) de su superficie total destinada a los cultivos de soja y maíz diseñados con este tipo de tecnología. Mientras esta economía exportadora da una relación de casi 11 toneladas cosechadas por habitante de la provincia, a diario más de 8% de la población del Gran Córdoba no obtiene ingresos para cubrir sus necesidades nutricionales básicas (INDEC, 2020). La ciudad capital y sus periferias han tornado sistémica y masiva la asistencia alimentaria bajo múltiples modalidades –comedores escolares y comedores de organizaciones barriales, principalmente–, desestructurando la comensalidad familiar, regulando los cuerpos y las formas de vincularse con el alimento a partir del acostumbramiento a la carencia (Huergo, 2016).

En tanto, la producción agrícola de la zona destinada al mercado alimentario local se muestra deficiente. Esto se plasma en la marcada erosión territorial que ha sufrido el cinturón hortícola periurbano de la ciudad en las últimas tres décadas. Este fenómeno encuentra causas en el avance de cultivos extensivos como la soja de un lado, y manchas urbanas no planificadas, por otro, con fuerte presión del desarrollismo inmobiliario, lo que ha provocado una pérdida acentuada de chacras familiares próximas a la ciudad de Córdoba (Giobellina, 2018). Como ejemplo de este panorama, se estima que solo un 50% de las verduras de hoja que se consumen en la ciudad provienen del cinturón hortícola local, incluso tomado en su sentido ampliado –hasta 60 km alrededor– (Giobellina, 2018).

Desde lo global hasta lo local, se refleja con sus particularidades la horadación cultural y nutricional del alimento en las sociedades contemporáneas. Para alentar un comer crítico en este contexto, se debe problematizar entonces todo el entramado que sostiene la radical separación del vínculo humano con la tierra materializado en el alimento, punto cero de estos trastornos sanitarios, ecológicos y políticos descriptos.

4. Cultivar lo común a través del alimento, entramarse en la agroecología

“Para este contexto histórico, la compasión, la empatía, los vínculos, el arraigo local y comunitario y todas las devociones a formas de lo sagrado capaces de sustentar entramados colectivos sólidos operan en disfuncionalidad con el proyecto histórico del capital.”

Rita Segato, 2017

En este escenario proliferan diversas formas de alimentación alternativas al modelo hegemónico. Estas formas de consumo vienen determinadas a su vez por formas productivas y de comercialización con características específicas tales como la agricultura orgánica certificada o por entramados en torno a la agroecología. Mientras la primera elimina el uso de insumos de síntesis químico, a modo general tiene una mirada mayormente centrada en los mercados internacionales y comparte con el sistema hegemónico las lógicas de maximización de ganancias, aunque algunas producciones orgánicas certificadas se insertan en redes de comercialización del mercado interno. En tanto, la agroecología como campo agroalimentario concibe una mirada integral de la agricultura en un sentido de cuidado ecológico, tendencia a la autonomía en la generación de insumos biológicos, no explotación laboral, circuitos locales de comercialización, acceso a la tierra para las agricultoras y los agricultores, fortalecimiento de vínculos con consumidores, búsqueda de precios justos para ambas partes de la cadena, y estímulo a una alimentación diversa, saludable, y acoplada a los territorios, entre otros rasgos (Rossi, 2020).

En esta línea, se inscriben una serie de entramados emergentes en la provincia de Córdoba, con gran énfasis en la última década, que se expresan en miles de unidades productivas, ferias y almacenes abocados a la agroecología, redes de consumo colectivo y procesos de participativos de parte de consumidores para potenciar este tipo de producciones (Sarmiento y Rossi, 2020; Rossi, 2020). Entendemos que, dentro de los ámbitos urbanos, estas prácticas vienen cultivando una nueva comensalidad crítica en respuesta al cuadro agro-alimentario contemporáneo.

Nos interesa a partir de un análisis de tipo hermenéutico y en base a los marcos propuestos, aportar algunas reflexiones surgidas en base a entrevistas realizadas a actores “clave” de una red de producción y consumo agroecológico que se ha fortalecido en la ciudad de Córdoba en la última década.

Los testimonios que se transcriben hacen parte del trabajo de campo del proyecto de tesis doctoral del autor como parte de su beca Conicet (2017-2021). Allí se abordan procesos de autonomía agro-alimentaria en las provincias de Córdoba y Catamarca, y formas políticas de lo común. Las dos entrevistas utilizadas para este artículo fueron realizadas en el segundo semestre de 2020, y hacen parte de un proceso de encuentros e indagaciones iniciado en 2018 en torno a entramados agroecológicos con la ciudad de Córdoba como área de estudio. Se trata de entrevistas en profundidad, con el objetivo previamente definido de obtener percepciones en torno a tópicos como la agricultura, la alimentación, y la agroecología a partir de la narración de sus experiencias de vida relacionadas con estos ejes. Los actores seleccionados se obtuvieron a partir de la técnica bola de nieve, siendo los sujetos entrevistados indicados como “referente” dentro de su ámbito específico en la red agroecológica.

Por un lado, Raúl (53 años) es considerado por otros agricultores, técnicos y consumidores como una referencia pionera sobre las técnicas de agricultura ecológica en la zona, donde lleva más de dos décadas de práctica. Asimismo, es una voz “autorizada” dentro de la red agroecológica local acerca de la mirada integral del proceso agroecológico en términos de salud física y emocional, cuidado del ambiente, y formas de comercialización. Por otro lado, Marianela (36 años) es miembro con un rol protagónico de los sistemas participativos de garantías de la feria agroecológica de la ciudad universitaria, que lleva más de siete años de vida. Integra la comisión de calidad dentro de la feria, dentro de la cual es una voz “clave” para conocer las articulaciones entre agricultores y consumidores.

Raúl practica la agricultura biodinámica, una corriente surgida a principios del siglo XX en Europa, basada en el seguimiento del calendario lunar y en el conocimiento de

las energías cósmicas y sus derivas en la salud de plantas, animales y personas. Anteriormente realizaba agricultura con agroquímicos, tal como se hacía en su familia. Una grave afección de salud en un familiar, que él vincula con esa práctica agrícola, fue el comienzo de la migración hacia la agricultura ecológica. Su chacra se ubica en Ferreyra, al sudeste de la ciudad y en total trabaja unas cien hectáreas donde, según el año, las rotaciones y consociaciones que va realizando, cultiva papas, trigo, soja, maíz, garbanzo, mijo, ajo, avena, zapallos, ente otros. Su comercialización está centrada en redes de consumo agroecológico de la ciudad de Córdoba y alrededores. Reproducimos a continuación la palabra de Raúl:

“El alimento físico que ingiere el cuerpo le da fuerza para moverse. Busco cada año mejorar la salud, que el alimento que produzco cada año tenga más luz, más fuerzas vitales. Es un vehículo de vida el alimento. Esa es la misión de mi alimento, el fundamento de los alimentos que yo produzco. Porque en un cuerpo físico bien alimentado, lo que entra por la boca puede, y en realidad sucede que, piensa, percibe, distinto. Si metemos cosas raras, nuestro cerebro va a percibir que hay algo raro y va a generar alguna reacción, llámese fiebre, tumor, sueño, ira, cualquier tipo de emoción rara.”

Habiendo experimentado el otro modelo y reflexionando críticamente, este agricultor concibe hoy al alimento como un flujo energético para activar la vida humana. Un flujo que parte de la tierra, pero que tiene en el trabajo del agricultor un paso clave en el tránsito hacia el organismo que lo consumirá. Y es en ese trabajo agrícola consciente de su rol como co-hacedor de esa fuente primaria para la vida donde hoy se juega un momento central de la salud física, cognitiva y emotiva de las sociedades. En este sentido, agrega:

“No hay nada más sagrado que nuestro cuerpo físico y lo que hagamos nosotros con él, entonces cuando el prójimo abre la boca para meter lo que yo produzco es muy grato. Cada vez me siento más responsable de lo que hago y más feliz, porque el prójimo a su vez lo siente. Se alimenta con esa planta que yo pongo en la tierra, de la que cosecho sus frutos y te lo agradece, con palabras o gestos, siempre hay un agradecimiento. Eso lo mantiene a uno vivo y fuerte. Hoy puedo decir que he encontrado la felicidad en mi trabajo.”

El intercambio entre agricultor y consumidor que se gesta en estos procesos pone de manifiesto una reciprocidad en términos afectivos, que va de las manos del agricultor a la tierra y a la planta, y regresa del comensal al agricultor a través de diversas manifestaciones que renuevan las energías de un trabajo que recupera su sentido humano. Frente a la indolencia, competencia y escisiones que propone el agrocapitalismo, aquí el vínculo humano-humano y humano-tierra en torno al alimento conscientemente cultivado se nutre de la circulación de la gratitud como locus. Sobre el trato a la tierra y sus múltiples implicancias, Raúl sostiene:

“Los campos que trabajo venían de agricultura convencional. Estos suelos estaban prácticamente llegando al cero de la vida. Me costó porque es una zona que se le pegó mucho con químicos, pero hoy esa tierra está viva. Nada que ver con cómo estaba veinte años atrás, y trabajo cada día para vivificarla más, porque la tierra es un organismo vivo. Un campo sano, vivificado, cierra por todos lados: primero en la salud, porque genera armonía, paz, esperanza. Y cumple el servicio esencial que tiene que cumplir la tierra, que es alimentar con todas las letras. A medida que vayan creciendo estos

campos y granjas de agriculturas orgánicas vamos a ir sanando el alimento, el agua, el aire, los cuerpos, vamos a ir sanando todo a la vez como sociedad.”

Raúl sitúa a la tierra en un registro que cuestiona los fundamentos del agro-capitalismo. Trabajar la tierra no es enfrentarse a materia inerte ni contar con un medio más para maximizar ganancias a como dé lugar sino tratar con un organismo vivo, una entidad sintiente, por un lado, y agente que afecta nuestras vidas, por otro, nada menos que a través de la ofrenda de alimentos. Ese “servicio esencial” de alimentar que brinda la tierra, trabajada de forma consciente, tiene asimismo una potencia de armonización integral de los procesos eco-bio-políticos (Machado Aráoz, 2010), retornado así al sendero originario del alimento, pero resignificado bajo nuevos escenarios. Compartimos una reflexión de Raúl acerca de qué sentidos asigna a la agricultura.

“Para mí la empresa agrícola es la más compleja porque justamente hay que ir a buscar lo oculto. Cuando ponemos la semilla en la tierra, desde ese momento hasta que viene la cosecha, vamos cuidando esa planta que va creciendo, pero en esa espera nos queda la fe. Los seres humanos tenemos que ir muy profundo dentro nuestro, para poder alimentar esa planta, y ahí entra la parte del agricultor. Y ahí le damos vida tanto a la tierra como a la planta. Si eso se lo pedimos a los venenos, no le van a dar vida, le dan otra cosa. La vida viene de la luz... para que una planta esté viva y para que llegue a dar fruto en armonía con todas las fuerzas vitales obviamente tiene que estar limpia. Entonces nuestra misión como agricultores es, justamente, cultivar todo ese culto.”

Aquí se concibe a la agricultura como un proceso profundamente humano, pero que asimismo se ve atravesado por procesos de vida que lo trascienden, donde aparece el “misterio”, la contemplación, la espera, y la búsqueda de una sabiduría que permita convivir y acoplarse a esas dinámicas del cosmos. Se trata justamente del reverso de las visiones hegemónicas del agro, marcadamente mecanicistas, paradas sobre una narrativa de dominio, control y conquista de la naturaleza, de aceleración y simplificación de procesos, basada en tecnologías e insumos que sistemáticamente des-humanizan la tarea del agricultor.

Del lado de los comensales, Marianela es nutricionista y miembro activa de grupos de consumo agroecológico, trabaja a partir de una nutrición crítica con organizaciones sociales en barrios y asentamientos populares desde donde han entablado articulaciones con la Feria Agroecológica de Ciudad Universitaria. En esta última participa hace siete años, es miembro de la asamblea organizadora e integrante de la Comisión de Calidad. Asimismo, conforma el espacio encargado de llevar adelante los sistemas participativos de garantías, donde consumidores y productores se encuentran para fortalecer el proceso productivo. Compartimos a continuación las palabras de Marianela:

“Empezamos a generar en la feria espacios que le llamábamos de intervenciones culinarias, a modo de sensibilización. Un día montábamos una cocina y hacíamos recolección de alimentos de la feria y elaborábamos de manera colectiva una preparación. Los feriantes nos decían cuál era el alimento por el que más les preguntaban, el que la gente no conocía mucho. Y eso ocurría mucho con los alimentos del monte nativo. Ahí había algo muy lindo con las personas mayores, que conectaban automáticamente con su niñez, con la algarroba, con el chañar, con el mistol. Después de cocinar, compartíamos el alimento y se generaba algo muy mágico, que es conectar

todos los sentidos. Hacíamos ese viaje a la historia del alimento, y estaba tal vez la Carmen que había colectado la algarroba o el compañero que había cultivado tal verdura. Hacíamos una ronda, un círculo para conectar con esos sentidos, con lo que nos generaba también en el paladar porque entendemos que tenemos muy colonizados nuestros paladares.”

La feria agroecológica se planteó ir más allá del estricto momento de intercambio dinero-mercancía (alimento), abriendo horizontes de producción en común de una comensalidad reflexiva para retejer el vínculo con los agricultores, con las memorias expropiadas de las comensalidades, con una nueva pedagogía alimentaria. Esta sensibilización alimentaria parte de una dimensión gastronómica para de fondo abrir una novedosa práctica contra-hegemónica: comer y pensar en común; optar por alimentos que tiendan al cuidado del territorio y de los cuerpos, pero con el vínculo agricultor-comensal como eje. Acerca del tiempo para conocer y pensar qué es lo que se come, Marianela comparte:

“La desinformación que hay en torno a los alimentos es realmente muy violenta. En mi caso estudié nutrición y mientras hice la carrera no me preguntaba de dónde venía ni cómo se producían esos alimentos que en teoría tenía que recomendar. Tenemos que saber lo que genera cada alimento en el cuerpo como primer territorio, pero también en el territorio habitado. El comer desde este sentido agroecológico tiene que ver con recuperar esa historia del alimento, ese conectar con la tierra, con las personas que están allí trabajando esa tierra, conectar con las semillas, con esa red que se va tejiendo para que eso de pronto llegue a la mesa.”

La posibilidad de recuperar conocimiento en torno al proceso agro-productivo del alimento es un fundamento clave de la agroecología, y en ese sentido la proximidad territorial es central. El poder encontrarse con agricultoras y agricultores en la feria o en sus propias chacras lleva el proceso reflexivo en torno al alimento a sus expresiones más potentes. De forma subsidiaria, se gesta una conciencia de un territorio agro-alimentario en común, una base para el cuidado de los cuerpos, de la geografía compartida, de las economías agrícolas que sostienen estas producciones. Habitar estos espacios coopera a re-encausar los desajustes energéticos, políticos y afectivos del sistema hegemónico. Desde una mirada integral, Marianela comparte sus impresiones sobre el comer agroecológico:

“Hacer parte de estas redes agroecológicas es una forma de vida que involucra estar presente con otros. Son procesos que van de lo personal a lo colectivo y de lo colectivo a lo personal, y no podría hacer parte de todo esto con tanto corazón si no lo hubiera trascendido yo en mi cuerpo. Es tener en claro eso que siempre aparece muy individualizado, un comer que, lejos de eso, es sumamente colectivo. Más allá de que al momento de comer la persona esté sola, y eso sucede mucho, empezar a romper con eso, con decir yo me consigo mi alimento y es todo sano, y como yo, y me nutro yo. Empezar a pensar que todo eso es parte de una red, donde nos nutrimos todos con esas decisiones. En esa nutrición colectiva está esa naturaleza que me contiene, que me es parte. Cuando tomamos conciencia de eso, y empezamos a recuperar el diálogo, el encuentro en torno a ese comer, entendemos que esto es sumamente político, económico, social, antropológico, espiritual, biológico. Todo eso está ahí, en ese alimento.”

La explicitación de la interdependencia, de la comensalidad compartida en un sentido de comunidad extendida, del sentirse parte de un comer en común necesariamente crítico, se hace cuerpo y se encarna en una nueva gramática de deseos para confrontar de frente todo el andamiaje de la industria alimentaria. El poner en juego de forma reflexiva a otros congéneres y a la naturaleza no-humana como partícipes fundamentales del comer cotidiano, donde el bienestar propio es bienestar de la comunidad y del territorio, apuntan a una comensalidad que debe explicitar las suturas necesarias allí donde los desgarros del capitalismo han calado a lo largo de los siglos.

5. Apuntes finales. Comensalidades para sanar la trama de la vida

“Les fue muy necesaria la ternura. Era tan necesaria que entonces se obcecaron en los gestos de hacer el pan y el fuego y las comidas y mirarse a los ojos mansamente...”

Tejada Gómez, 1974

Como hemos señalado, el comer hoy ha quedado contaminado por el capitalismo a todo nivel en todo lugar –por falta, por exceso, por intoxicación o por falsificación–. Lo que acontece con el consumo alimentario es uno de los puntos clave donde se refracta el fracaso, a la vez que el padecimiento y la desorientación ontológica, frente al mencionado desafío político de la especie de producir la vida de forma comunal. El hecho de haber alcanzado niveles de extrema individuación en el acto de comer, de una comensalidad solitaria y de masas a la vez (Aguirre, 2019), con todas las consecuencias descritas, es justamente el correlato de la des-comunalización política de la vida llevado a los límites. Sin embargo, aún en estas ciudades agroclturalmente amnésicas, todavía late ese consumo cotidiano despierto, como sostiene Rivera Cusicanqui (2018), esa práctica que pone el cuerpo sabiéndose parte de una “comunidad de afectos”, que se trenza en ferias, en mercados populares y en redes artesanales; consumo que en definitiva coopera en la tarea de comunalizar el mundo próximo. En estos procesos, y de forma específica en lo alimentario, se manifiesta la potencia de interactuar “en redes de comunidades de vida, para lograr la mayor irradiación a la propuesta de desprivatizar y desenajenar; al deseo de salir del sonambulismo consumista, de la competitividad y el individualismo, para liberar energías cognitivas y creativas a través de prácticas en común” (Rivera Cusicanqui, 2018: 74).

Entendemos que las voces compartidas reflejan, entre otras cosas, suturas, cuidados, terapias alternativas en los desgarros que el capital ha infligido en el tejido comunal de la vida –tierra, cuerpos, vínculos político-afectivos–. Asimismo, nos delinean trazos en los que el flujo energético vital materializado en el alimento es reencausado a su sentido biológico-cultural, pero re-significado al calor de prácticas que esbozan una novedosa *comunalidad agro-alimentaria* (Rossi, 2020) que nace para hacer frente a los trastornos multidimensionales del capital. Se trata aquí de pensar al comer como parte de una producción en común que confronta tanto al individualismo alimentario en los platos como a la devastación ecológica en los campos. Existe en esta trama una apuesta pedagógica por una cotidiana desarticulación del régimen de afectividad hegemónico. Se trata de prácticas políticas por la vida, que en tanto han identificado y buscan desarticular el modo de organización afectiva como asimismo las formas corporales que busca producir el sistema, pulsan por crear nuevas vías sensibles para construir otras afectividades relacionales (Toro y Giraldo, 2020).

Aquí no solo se busca vivificar la tierra con métodos naturales, achicar las distancias de circulación de los alimentos y cuidar el entorno de forma integral, es decir ralentizar la succión energética multinivel del sistema agroalimentario, sino que centralmente se

abonan otras prácticas políticas, basadas en la reciprocidad, y el apoyo y cuidado mutuo, tanto entre humanos como con los no-humanos, con la tierra como gran tapiz de vida. En la densidad de esos vínculos que estimulan la producción común de las decisiones en torno a la trama agroalimentaria, es decir, en esa politicidad en torno al alimento, se define en buena medida la profundidad alcanzada por esas transformaciones ecológicas, sanitarias y afectivas que decantan de este comer.

6. Bibliografía

- Aguirre, P. (2019). *Una historia social de la comida*. Buenos Aires: Lugar Editorial.
- Bartra, A. (2014). *El hombre de hierro: los límites sociales y naturales del capital*. Ciudad de México, UNAM.
- Bartz, D. (2018). “Marcas y posición dominante”. *Atlas del agronegocio. Datos y hechos de la industria agrícola y de alimentos*. Santiago de Chile: H. Boll-Fundación Rosa Luxemburgo, 34-35.
- Bellamy Foster, J. (2004). *La ecología de Marx. Materialismo y naturaleza*. España: Ed. El Viejo Topo.
- Benning y Luig, (2018). “Trabajo: barato, debe ser barato”. *Atlas del agronegocio. Datos y hechos de la industria agrícola y de alimentos*. Santiago de Chile: H. Boll-Fundación Rosa Luxemburgo, 46-47.
- Carpintero, O. (2006). *La bioeconomía de Georgescu-Roegen*. Barcelona: Montesinos Editorial.
- Clastres, P. (2012). *Investigaciones en antropología política*. Buenos Aires: Simón Dice Editora.
- Davis, M. (2006). *Los holocaustos de la era victoriana tardía*. Valencia: Publicaciones de la Universidad de Valencia.
- Elver, H. (2019). “Visita a la Argentina. Informe de la Relatora Especial sobre el derecho a la alimentación”. *Asamblea General de Naciones Unidas*, <https://www.refworld.org/es/pdfid/5c65e2c84.pdf>
- Escobar A. (2017). *Autonomía y diseño: la realización de lo comunal*. Buenos Aires, Tinta Limón.
- ETC Group (2017). “¿Quién nos alimentará? ¿La red campesina alimentaria o la cadena agroindustrial?”, <https://www.etcgroup.org/sites/www.etcgroup.org/files/files/etc-quienosalimentara-2017-es.pdf>
- FAO (2012). “Pérdidas y desperdicios de alimentos en el mundo”, <http://www.fao.org/3/i2697s/i2697s.pdf>
- FAO (2018). “More people, more food, worse water? A global review of water pollution from agriculture”, <http://www.fao.org/3/ca0146en/CA0146EN.pdf>
- FAO (2019). “El estado de la seguridad alimentaria y la nutrición en el mundo”, <http://www.fao.org/3/ca5162es/ca5162es.pdf>
- Fischler, C. (1990). *El (h) omnívoro. El gusto, la cocina y el cuerpo*. Barcelona, Editorial Anagrama.
- Gilly, A. y Roux, R. (2009). “Capitales, tecnologías y mundos de la vida. El despojo de los cuatro elementos”. En *Los condicionantes de la crisis en América Latina. Inserción internacional y modalidades de acumulación*. Buenos Aires: CLACSO.
- Giobellina, B. (2018). “Dinámicas territoriales del cinturón verde de Córdoba: Entre la extinción y su transformación en un parque agrario planificado y sustentable”. En *La alimentación de las ciudades. Transformaciones territoriales y cambio climático en el Cinturón Verde de Córdoba*. Buenos Aires: INTA ed.
- Giraldo, O. F. (2018). *Ecología política de la agricultura: Agroecología y posdesarrollo*. San Cristóbal: El Colegio de la Frontera Sur.

- Gutiérrez, R., Linsalata, L., Navarro, M. (2017). “Repensar lo político, pensar lo común. Claves para la discusión”, *Modernidades Alternativas*. México: UNAM, 377-417.
- Harvey, D. (2007). *Breve historia del neoliberalismo*. Madrid: Ediciones Akal.
- Herre, R. (2018). “Materias primas: la segunda cosecha de los emporios agrícolas”. *Atlas del agronegocio. Datos y hechos de la industria agrícola y de alimentos*. Santiago de Chile: H. Boll-Fundación Rosa Luxemburgo, 32-33.
- Huergo, J. (2016). *Reproducción alimentaria-nutricional de las familias de Villa La Tela, Córdoba*. Ciudad de Córdoba: Centro Estudios Avanzados.
- INDEC (2020). “Incidencia de la pobreza y la indigencia en 31 aglomerados urbanos”. *Condiciones de vida*, vol. 4, n° 13. Buenos Aires.
- IPES (2017). “Cómo entender el nexo alimentación-salud. Las prácticas, economía política y relaciones de poder para construir sistemas alimentarios más saludables”, http://www.ipes-food.org/_img/upload/files/FoodHealthNexus_Report_Spanish.pdf
- Kropotkin, P. (2005). *El apoyo mutuo. Un factor de la evolución*. Santiago de Chile: Instituto de Estudios Anarquistas.
- Leff, E. (2013). *Racionalidad ambiental. La reapropiación social de la naturaleza*. México: Siglo XXI.
- Machado Aráoz, H. (2010). “La ‘Naturaleza’ como objeto colonial. Una mirada desde la condición eco-bio-política del colonialismo contemporáneo”. *Boletín Onteaiken*, 10, 35-47.
- Machado Aráoz, H. (2016). “Sobre la Naturaleza realmente existente, la entidad ‘América’ y los orígenes del capitaloceno. Dilemas y desafíos de Especie”. *Revista Actuel Marx Intervenciones*, 20, 205-230.
- Machado Aráoz, H. (2017). “‘América Latina’ y la Ecología Política del Sur. Luchas de re-existencia, revolución epistémica y migración civilizatoria”, en: *Ecología política latinoamericana. Pensamiento crítico, diferencia latinoamericana y rearticulación epistémica*, Héctor Alimonda, Catalina Toro Pérez y Facundo Martín (Coords.) Buenos Aires, Clacso, UAM, Ciccus, 193-224.
- Machado Aráoz, H. y Rossi, L. (2020). “Repensar (la producción d-) el Pan, repensar (nuestra relación con) la Tierra. Clave para una renovación (y radicalización) del pensamiento crítico y las energías revolucionarias”. *Bajo el Volcán Revista*. Puebla, Posgrado de Sociología BUAP, 39-76.
- Marx, K. (2014). *El Capital. Crítica de la economía política*. Tomo I. México: FCE.
- McMichael, P. (2013). “Historicizing food sovereignty”, *The Journal of Peasant Studies*, 41(6), 933-957.
- Moldenhauer, H y Hirtz, S. (2018). “Semillas y pesticidas: siete se convierte en cuatro. Un sector se reduce crecientemente”. *Atlas del agronegocio. Datos y hechos de la industria agrícola y de alimentos*. Santiago de Chile: H. Boll-Fundación Rosa Luxemburgo, 22-23.
- Moore, J. (2020). *El capitalismo en la trama de la vida. Ecología y acumulación de capital*. Madrid, Traficante de Sueños.
- OPS (2015). *Alimentos y bebidas ultraprocesados en América Latina: ventas, fuentes, perfiles de nutrientes e implicaciones*. Washington, DC: OPS, https://iris.paho.org/bitstream/handle/10665.2/51523/9789275320327_spa.pdf?sequence=1&isAllowed=y
- Polanyi, K. (2007). *La gran transformación*. Buenos Aires: Quipu ed.
- Reclus, E. (1906). *El hombre y la tierra*. Barcelona: Escuela Moderna editora.
- Rehmer, C. y Wenz, K. (2018). “Fertilizantes: química para los suelos”. *Atlas del agronegocio. Datos y hechos de la industria agrícola y de alimentos*. Santiago de Chile: H. Boll-Fundación Rosa Luxemburgo, 20-21.

- Rivera Cusicanqui, S. (2018). *Un mundo chi'xi es posible. Ensayos desde un presente en crisis*. Buenos Aires: Tinta Limón ediciones.
- Rossi, L. (2020). "Alimentación en tiempos de crisis ecológica, entre el 'consumo responsable' y el tejido de una nueva comunalidad alimentaria". *Topografías del consumo*. Buenos Aires: ESE editora, 67-91.
- Santos, B. D. S. (2010). *Para descolonizar Occidente: más allá del pensamiento abismal*. Buenos Aires: CLACSO, Prometeo Libros
- Sarmiento, C. y Rossi, L. (2020). *Córdoba agroecológica*. Río Cuarto: UniRío Editora. <http://www.unirioeditora.com.ar/wp-content/uploads/2020/12/978-987-688-419-8.pdf>
- Sassen, S. (2015). *Expulsiones. Brutalidad y complejidad en la economía global*. Buenos Aires: Katz.
- Segato, R. (2017). *La Guerra contra las mujeres*. Madrid: Traficante de Sueños.
- Shiva, V. (2017). *¿Quién alimenta realmente al mundo? El fracaso de la agricultura industrial y la promesa de la agroecología*. Madrid: Capitán Swing.
- Tapia L. (2009). *Pensando la democracia geopolíticamente*. La Paz: CLACSO.
- Toro I. y Giraldo O.F., (2020). *Afectividad ambiental: sensibilidad, empatía, estéticas del habitar*. Chetumal: El Colegio de la Frontera Sur.
- Wolf, E. (2005). *Europa y la gente sin historia*. México: FCE.
- Wood, E. M. (2016). "Los orígenes agrarios del capitalismo". *Monthly Review*, Selecciones en castellano, 3ª época, nº 2. Edición online, 195-220.

* * *

Leonardo Rossi es Licenciado en Comunicación Social por la Universidad Nacional de Lomas de Zamora. Becario doctoral del CONICET, en el CIT-Catamarca y miembro del Colectivo Ecología Política del Sur. Sus temas de estudio abarcan, entre otros, la autonomía agroalimentaria, los impactos de proyectos extractivos y formas de organización política comunales. Cursa el doctorado en Ciencias Políticas del Centro de Estudios Avanzados de la Universidad Nacional de Córdoba (UNC). Es autor del libro *Córdoba respira lucha* (Eduvim, 2016) y co-autor del libro *Córdoba Agroecológica* (Unirío, 2020).